

**Paramahansa Yogananda**

**AUTOBIOGRAFÍA  
DE UN YOGUI**

Prólogo de Adrián Muñoz García

PAIDÓS ORIENTALIA

Capítulo 1

# Mis padres y la primera infancia



Los rasgos característicos de la cultura india han sido por largo tiempo la búsqueda de las verdades últimas y la relación concomitante entre discípulo y gurú. Mi propio sendero me condujo a un sabio, parecido a Cristo, cuya hermosa vida fue cincelada para todos los tiempos. Era uno de los grandes maestros que representan en la época actual la única riqueza que queda en la India; alzándose en cada generación, ellos son los que han defendido su tierra contra el hado que extinguiera a Babilonia y Egipto.

Cuentan, entre mis recuerdos más tempranos, los rasgos anacrónicos de mi anterior encarnación. Claros recuerdos vienen a mi mente de una remota vida pasada, los de un yogui en medio de las nieves de los Himalayas. Estas ráfagas del pasado, por medio de algún eslabón inmensurable, me han facilitado también destellos del futuro. Las humillaciones indefensas de mi infancia no se han desvanecido de mi mente. Tenía el resentimiento consciente de no estar capacitado para caminar o expresarme libremente. Oleadas de oraciones se despertaron dentro de mí, conforme me daba cuenta de mi impotencia física. Mi fuerte vida emocional asumió una forma silenciosa como palabras de muchas lenguas. Entre la confusión interna de los idiomas, mi oído se acostumbró gradualmente al medio ambiente que me rodeaba de sílabas en bengalí, de mis parientes.

¡La cambiante perspectiva de una mente infantil, vista por los adultos como confinada solo a los juguetes y los dedos de los pies!

Ciertos fermentos psicológicos y mi cuerpo inadaptado me condujeron a obstinadas crisis de llanto. Yo recuerdo el asombro general de la familia en estas crisis de desesperación. Pero también los recuerdos felices se aglomeran en mi mente: las caricias de mi madre, mis pequeños balbuceos y mis primeros intentos para aprender a andar. Estos tempranos triunfos, que generalmente se olvidan pronto, son, sin embargo, la base natural de la propia confianza en uno mismo.

El gran alcance de mis primeros recuerdos no es nada insólito. De muchos yoguis se sabe que han retenido la conciencia de sí mismos sin interrupción alguna, y durante toda la dramática transición de vida a muerte, de una a otra vida. Si el hombre fuera solamente un cuerpo, su pérdida sería decididamente el periodo final de su identidad. Pero, si durante milenios los profetas han dicho la verdad, el hombre es esencialmente de naturaleza incorpórea. El persistente corazón del egoísmo humano está solo temporalmente aliado a la percepción sensoria. Aun cuando no es muy frecuente, no es raro tener recuerdos claros y vívidos de la infancia. Durante mis viajes a través de diferentes países, he escuchado el testimonio de los recuerdos tempranos de labios de personas absolutamente veraces, tanto hombres como mujeres.

Yo nací en la última década del siglo XIX, y pasé mis primeros ocho años en Gorakhpur. Este fue el origen de mi nacimiento en las Provincias Unidas del noroeste de la India. Fuimos ocho hermanos, cuatro hombres y cuatro mujeres. Yo, Mukunda Lal Ghosh, fui el segundo hijo y el cuarto de los hermanos. Mi padre y mi madre eran bengalíes, de la casta *kshatriya*; ambos fueron bendecidos por una naturaleza santificada. Su amor mutuo, apacible y digno, nunca se expresó de una manera frívola. Una armonía paternal, perfecta, era el centro de calma entre el tumulto revoltoso de ocho pequeñuelos.

Mi padre, Bhagabati Charan Ghosh, era amable y grave, aunque a veces duro. Nosotros lo amábamos tiernamente; sin embargo, guar-

dábamos hacia él cierta distancia que rayaba en la reverencia. Siendo un espíritu lógico y matemático, se guiaba siempre por su intelecto. Pero mi madre era una verdadera reina de corazones y nos educó por entero a través del amor. Después de su muerte, mi padre manifestó más su bondad interna, y yo observaba entonces que su mirada se metamorfoseaba con frecuencia en la de mi madre.

En la presencia de mi madre, probamos nuestro contacto agri-dulce con las Escrituras. Las hazañas del *Mahābhārata* y el *Rāmāyaṇa* eran ventajosamente exhumadas para aplicarlas a las exigencias disciplinarias. Instrucción y castigo iban mano a mano. Un rasgo de respeto hacia mi padre era empleado por mi madre, quien cuidadosamente nos vestía, por las tardes, para recibirlo cuando regresaba de su oficina. Su puesto en el ferrocarril de Bengala-Nagpur, una de las compañías más grandes de la India, era equivalente al de vicepresidente en las compañías de los Estados Unidos de América. Su puesto requería cambios y viajes, y nuestra familia vivió en varias ciudades durante mi juventud.

Mi madre siempre tenía la mano abierta para los necesitados. Mi padre era también bondadoso y bien dispuesto para los necesitados, pero su respeto a la ley y el orden se extendía hasta el presupuesto familiar. Mi madre, en una quincena, por alimentar a los pobres, gastó más de lo que sumaban los ingresos mensuales de mi padre.

«Todo lo que te pido, por favor, es que controles tus caridades a una suma razonable», le dijo en esa ocasión mi padre. Aun la más leve observación de su esposo era para mi madre una cosa muy seria. Resentida, pidió un coche de sitio, sin dar siquiera malicia a los chicos de que se trataba de algún disgusto.

«Adiós, me voy a la casa de mi madre». Este era el ultimátum antiguo.

Rompimos en llanto y en un mar de lamentaciones. Nuestro tío materno llegó oportunamente, le susurró a mi padre algún consejo guardado, de seguro de algún sabio de antaño. Después de que mi padre hizo algunas aclaraciones conciliatorias, mi madre despidió gustosamente el coche, y así terminó la única diferencia que supe

hubiera existido entre mis padres. Recuerdo, en cambio, una característica discusión:

—Por favor, dame diez rupias para una mujer desamparada que acaba de llegar a casa. —La sonrisa de mi madre tenía su propia persuasión.

—¿Por qué diez rupias? Una es bastante. —Justificando su opinión, mi padre agregó—: Cuando mi padre y abuelos murieron repentinamente, supe por primera vez lo que era la pobreza. Mi único desayuno, antes de caminar millas para ir a la escuela, era un plátano pequeño. Más tarde, en la universidad, llegué a estar tan necesitado que recurrí a un rico magistrado para una ayuda de una rupia mensual. Él se rehusó diciendo que aun una rupia era importante. ¡Con cuánta amargura recuerdo la negativa de una rupia!

El corazón de mi madre tuvo una lógica instantánea:

—¿Entonces tú quieres que esta mujer recuerde con pena tu negativa de diez rupias, que ella necesita urgentemente?

—Has ganado. —Y, con el gesto inmemorial del esposo vencido, abrió su cartera—. Aquí está un billete de diez rupias. Dáselo con mis mejores deseos.

Mi padre tendía a decir «no» a cualquier cuestión nueva que se le presentaba. Su actitud hacia la mujer extraña, quien tan fácilmente había ganado la simpatía de mi madre, era un ejemplo de precaución habitual; la aversión para aceptar de inmediato —característica de la mentalidad francesa en Occidente— tiene por objeto, en realidad, hacer honor al principio de «debida consideración». Siempre vi a mi padre justo y bien equilibrado en sus juicios. Si yo podía reforzar debidamente mis numerosas peticiones con uno o dos argumentos, él ponía invariablemente lo codiciado a mi alcance, se tratara de unas vacaciones o de una nueva motocicleta.

Mi padre era estricto en las disciplinas para con sus hijos durante sus primeros años, pero su actitud hacia él mismo era verdaderamente espartana. Por ejemplo, no frecuentaba el teatro, pero buscaba su esparcimiento en las prácticas espirituales que la lectura del *Bhagavad-gītā* le proporcionaba. Repudiaba todo lujo; se adhería a un par de zapatos viejos hasta que estos estaban completamente inservibles. Sus hijos compraban automóviles, cuando estos se hicieron populares, pero mi padre estaba contento y satisfecho con el

uso del tranvía para ir y venir de la oficina. Por naturaleza, era enemigo de acumular dinero por el solo hecho del poder que este proporciona. En cierta ocasión, después de fundar el Banco Urbano de Calcuta, se rehusó beneficiarse a sí mismo, conservando en su poder algunas de las acciones. Él quería únicamente cumplir, durante su tiempo libre, con un deber cívico.

Algunos años después de que mi padre se retirara pensionado del servicio, un auditor inglés llegó a examinar los libros de la compañía del ferrocarril Bengala-Nagpur. El investigador, sorprendido, descubrió que mi padre nunca había hecho uso de las bonificaciones que le correspondían.

«Ha hecho él solo el trabajo de tres hombres», informó el auditor a la compañía. Esta le debía 125 000 rupias (equivalente a 41 250 dólares) por compensaciones atrasadas que no había cobrado. Los jefes del ferrocarril le entregaron un cheque por esta cantidad. Mi padre le dio tan poca importancia que ni siquiera lo mencionó a la familia. Mucho tiempo después, mi hermano menor, Bishnu, al notar un crecido depósito en uno de los informes del banco, hizo preguntas a mi padre.

«¿Por qué alegrarse por una ganancia material? —le contestó él—. Aquel que persigue la meta de una actitud de equilibrio mental completo ni se regocija con la ganancia ni se entristece con la pérdida. Él sabe que el hombre viene al mundo sin dinero y se marcha de él también sin dinero».

Poco después de su matrimonio, mis padres se hicieron discípulos de Lahiri Mahasaya, de Benarés. Esta conexión fortaleció, naturalmente, el temperamento ascético de mi padre. Mi madre hizo una observación notable a mi hermana mayor, Roma: «Tu padre y yo vivimos juntos como hombre y mujer una sola vez al año, únicamente con el objeto de procrear».

Mi padre conoció a Lahiri Mahasaya a través de Abinash Babu, un empleado de la oficina en Gorakhpur del F. C. Bengala-Nagpur. Abinash alimentó después mis jóvenes oídos con hermosas versiones de muchos santos hindúes. Él siempre terminaba, invariablemente,

con un tributo a la gloria suprema de su propio gurú. «¿Has oído alguna vez de las extraordinarias circunstancias bajo las cuales tu padre se hizo discípulo de Lahiri Mahasaya?». Era una apacible tarde de verano, cuando Abinash y yo nos reunimos en mi casa, y él hizo esta interesante pregunta. Yo moví la cabeza en sentido negativo con una sonrisa de anticipada satisfacción.

Hace años, antes de que tú nacieras, le pedí a mi jefe, tu padre, que me permitiera una licencia de una semana para ausentarme de mi trabajo y visitar a mi gurú en Benarés. Tu padre ridiculizó mi plan.

—¿Te vas a convertir en un religioso fanático? —me preguntó—. Mejor concentra tu atención en el trabajo, si quieres adelantar.

Ese día, caminando tristemente rumbo a mi casa por una vereda del bosque, me encontré con tu padre, que venía en un palanquín; se bajó de él, y despidiendo a los sirvientes que lo traían, empezó a caminar a mi lado. Tratando de consolarme, me indicó las ventajas de trabajar para obtener un éxito material en el mundo. Pero yo lo oía distraídamente. Mi corazón repetía: «¡Lahiri Mahasaya, yo no puedo vivir sin verte!».

El sendero nos condujo a la parte más tranquila de la pradera, en donde los rayos del sol del atardecer aún cubrían las altas espigas de la hierba. Nos paramos en medio del campo, para contemplarlo, cuando, a unas cuantas yardas de nosotros, la forma de mi gran gurú apareció repentinamente.

«¡Bhagabati, eres demasiado duro con tu empleado!». La voz resonaba en nuestros asombrados oídos. Mi gurú desapareció tan misteriosamente como había venido. De rodillas, yo exclamaba: «¡Lahiri Mahasaya! ¡Lahiri Mahasaya!». Tu padre quedó inmóvil de estupefacción durante algunos minutos.

—Abinash, no solo te doy permiso para ausentarte, sino que yo también me lo concedo para salir mañana mismo para Benarés —dijo—. ¡Debo conocer a este gran Lahiri Mahasaya, quien puede materializarse a voluntad para interceder por ti! Llevaré conmigo a mi esposa



y le pediré a este maestro que nos inicie en el sendero espiritual. ¿Nos guiarás tú hacia él?

—Por supuesto que sí.

El gozo me rebosaba al ver la respuesta milagrosa que mi oración había tenido, y el muy favorable cauce que este asunto había tenido.

La noche siguiente, tu padre y yo tomamos el tren para Benarés. Al otro día, subimos a un carro tirado por un caballo, y luego caminamos por callejuelas estrechas para llegar a la casa apartada de mi gurú. Entrando en su pequeña sala, le hicimos reverencia; estaba ensimismado en su postura meditativa habitual, la del loto. Luego, sus penetrantes ojos se fijaron parpadeando en tu padre.

—Bhagabati, eres demasiado duro con tu empleado.

Sus palabras fueron las mismas que él mismo había pronunciado dos días antes en la pradera de Gorakhpur. Y, luego, agregó:

—Mucho me alegro de que le hayas permitido a Abinash que viniera a verme y que tú y tu esposa lo hayan acompañado.

Para satisfacción de tus padres, los inició desde luego en la práctica de *Kriyā yoga*.

Tu padre y yo, como hermanos-discípulos, hemos sido íntimos amigos desde el memorable día de la aparición. Más tarde, Lahiri Mahasaya tuvo un vivo y definido interés en tu propio nacimiento. Tu vida seguramente estará ligada con la de él; las bendiciones del maestro nunca fallan.

Lahiri Mahasaya abandonó este mundo poco después de que yo entré en él. Su retrato en un marco ornado siempre ha permanecido en el altar de la familia en las varias ciudades que mi padre tenía que visitar por necesidades del servicio.

Muchas veces, las mañanas y las noches nos sorprendía a mi madre y a mí meditando ante una improvisada capilla, ofreciéndole flores impregnadas de pasta de sándalo; juntando incienso y

mirra a nuestras devociones, honrábamos la Divinidad que había encontrado completa expresión en Lahiri Mahasaya. Su fotografía ha tenido una sorprendente influencia sobre mi vida. Conforme fui creciendo, el pensamiento del maestro creció conmigo. Durante la meditación, veía frecuentemente la imagen fotográfica salir del pequeño marco y tomar una forma viviente, sentado ante mí. Cuando trataba de tocar los pies de su luminoso cuerpo, se volvía a transformar en la fotografía que el marco encerraba.

Conforme la niñez se fue convirtiendo en juventud, yo veía a Lahiri Mahasaya transformarse en mi mente, de una imagen pequeña enmarcada en un cuadro a una presencia iluminada llena de luz. Con frecuencia le rezaba en momentos de prueba o confusión, encontrando siempre dentro de mí su consoladora guía. Al principio, me entristeció mucho el que no estuviera todavía vivo en cuerpo físico. Conforme empecé a descubrir su secreta omnipresencia, ya no volví a lamentarme. Él ha escrito a menudo a aquellos de sus discípulos que estaban demasiado ansiosos de verlo. «¿Por qué vienen a ver mis huesos, cuando yo estoy siempre en el radio de su *kutastha* ('vida espiritual')?».

A la edad de ocho años fui bendecido con una curación maravillosa a través de la fotografía de Lahiri Mahasaya. Esta experiencia intensificó grandemente mi amor. Mientras mi familia estaba en Ichapur, en Bengala, fui atacado de cólera asiático. Me habían desahuciado los doctores, quienes no podían hacer ya nada por mí. Al lado de mi cama, mi madre me aconsejaba frenéticamente que yo me fijara en el retrato de Lahiri Mahasaya, colgado en la pared, a mi cabecera.

«Reveréncialo mentalmente», me decía. Mi madre sabía que yo estaba demasiado débil para levantar mis manos en señal de saludo. «Si realmente muestras tu devoción y te arrodillas internamente, tu vida será salvada».

Dirigí mi vista a su fotografía y, en seguida, contemplé cómo una luz resplandeciente envolvía mi cuerpo y toda la habitación. Mi náusea y todos los demás síntomas incontrolables desaparecieron. Ya estaba bien. De manera inmediata, me sentí lo suficientemente fuerte

para inclinarme y tocar los pies de mi madre en aprecio y reconocimiento por su inconmensurable fe en su gurú. Mi madre oprimía repetidamente su cabeza contra el retrato de su gurú. «¡Oh, maestro omnipresente, yo te agradezco que tu luz haya curado a mi hijo!».

Entonces, me di cuenta de que también ella había presenciado el luminoso reflejo con cuyo auxilio instantáneamente me había recobrado de una enfermedad que, por lo general, traía fatales consecuencias. Uno de mis más preciados tesoros es esa misma fotografía, que le fue dada a mi padre personalmente por Lahiri Mahasaya, y que lleva consigo una fuerte y santa vibración. La fotografía tiene un maravilloso origen; me lo contó un discípulo compañero de mi padre llamado Kali Kumar Roy.

Parece ser que el maestro tenía una gran aversión a ser retratado. No obstante sus protestas, una fotografía de grupo de él y algunos de sus devotos, incluyendo a Kali Kumar Roy, fue tomada.

El fotógrafo, sorprendido, descubrió que la placa en la cual aparecían las imágenes de todos y cada uno de los del grupo solo presentaba un espacio en blanco en el lugar en que debía figurar la imagen del maestro Lahiri Mahasaya. Este fenómeno fue ampliamente comentado y discutido.

Cierto estudiante, que a la vez era un experto fotógrafo, Ganga Dhar Babu, alardeó diciendo que la fugitiva imagen del maestro no se le escaparía a él. Al día siguiente, cuando el gurú estaba sentado en la postura del loto, sobre un taburete de madera con un biombo tras él, llegó Ganga Dhar Babu con todo su equipo y tomó todas las precauciones que el caso requería para tener un buen éxito. Tomó doce exposiciones distintas. En cada una encontró la impresión del taburete de madera y del biombo, pero, una vez más, la fugitiva imagen del maestro había desaparecido.

Ganga Dhar Babu, con lágrimas en los ojos y su orgullo despedazado, buscó a su gurú. Pasaron muchas horas antes de que Lahiri Mahasaya rompiera su silencio con un punzante comentario: «Yo soy espíritu. ¿Puede tu cámara reflejar al Invisible Omnipotente?». «Ya veo que no puedo, santo señor, pero yo deseo ardientemente un

retrato del templo físico donde, a mi corto entender, ese espíritu parece morar en su totalidad». «Bueno, entonces ven mañana por la mañana y posaré especialmente para ti».

Una vez más, el fotógrafo enfocó su cámara. En esta ocasión, la figura sagrada no se cubrió con su misteriosa imperceptibilidad y su figura aparecía claramente en la placa. El maestro nunca volvió a posar para ningún fotógrafo, según sé, y no he visto ninguna otra fotografía de él.

Los claros rasgos fisonómicos de Lahiri Mahasaya, de una casta universal, podrían difícilmente decir a qué raza pertenecen. El goce intenso de su comunión con Dios es ligeramente denunciado por una sonrisa algo enigmática. Sus ojos medio abiertos para denotar una dirección nominal del mundo exterior están también semicerrados. Completamente abstraído a las pobres añagazas terrenas, estaba siempre completamente despierto a los problemas espirituales de quienes a él se aproximaban buscando el amparo de su generosidad.

Poco después de mi curación, a través de la potencialidad de la fotografía del gurú, tuve una visión de influencia espiritual. Sentado en mi cama, una mañana, tuve un profundo sueño.

¿Qué hay tras la oscuridad de los ojos? Este escudriñador pensamiento se aferró poderosamente a mi mente. Un intenso resplandor de luz se manifestó en seguida en mi vista interna. Veía figuras Divinas de santos sentados en posturas meditativas en las cuevas de las montañas, formadas como en pequeñas fotografías, proyectadas en una gran pantalla de radiaciones dentro de mi frente.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunté en voz alta.

—Somos los yoguis de los Himalayas.

La respuesta celestial es difícil de describir. Mi corazón estaba henchido de gozo.

—¡Oh, yo ambiciono ir a los Himalayas y ser uno de ustedes!

La visión desapareció, pero sus rayos plateados se difundieron en círculos, ensanchándose hasta el infinito.

—¿Qué es este maravilloso relucir?

—Yo soy Iswara.

—¡Yo soy Luz! —La voz era como un murmullo en las nubes.

—¡Yo quiero ser uno contigo!

De este lento desvanecimiento de Divino éxtasis he salvado un legado permanente de inspiración para buscar a Dios.

«¡Él es eterno, y siempre es gozo eterno y nuevo!». Este recuerdo persistió mucho después de ese día de éxtasis.

Otro recuerdo notable de mi infancia permanece de tal modo vívido en mí que aún llevo su cicatriz: mi hermana Uma y yo estábamos una mañana temprano sentados bajo un árbol de *neem*, en nuestra casa en Gorakhpur. Ella me ayudaba en mi primer libro en bengalí, en los momentos en que yo separaba mi vista de los pericos que comían la fruta madura de un árbol de margosa. Uma se quejaba de un divieso que tenía en una pierna; para curarse, trajo un tarro de ungüento. Yo me puse un poco de él en mi antebrazo.

—¿Por qué usas medicinas en un brazo sano?

—Bueno, hermanita, siento que voy a tener mañana un divieso. Estoy probando tu pomada en el lugar en donde el divieso aparecerá.

—Oh, tú, embustero.

—Hermana, no me llames embustero hasta que veas lo que pasará mañana —le dije, indignado.

Uma no estaba impresionada, y por tres veces repitió el impropio. Una resolución sonó en mi voz cuando yo daba mi contestación lentamente.

—Por el poder de la voluntad en mí, digo que mañana tendré exactamente en este lugar, en mi antebrazo, un divieso bastante grande, y tu divieso se hinchará el doble de lo que ahora es.

La mañana me sorprendió con un enorme divieso en el lugar que había señalado, y el tamaño del de mi hermana Uma había aumentado al doble. Con un chillido de susto, mi hermana corrió a ver a mi madre y le dijo:

—Mukunda se ha convertido en un nigromante.

Muy seriamente, mi madre me reconvino diciéndome que nunca usara el poder de las palabras para hacer mal. Siempre me he recordado de esta reconvención, y he seguido fielmente su consejo. Un cirujano

se encargó de curarme el divieso. Una cicatriz notable muestra el lugar en donde el médico hizo la incisión. En mi brazo derecho existe un constante recuerdo del poder claro y limpio de la palabra del hombre.

Aquellas sencillas y aparentemente inofensivas frases dichas a Uma, pronunciadas con profunda concentración, poseían suficiente fuerza oculta para explotar como bombas y producir claros y perjudiciales efectos. Más tarde comprendí que el poder explosivo del lenguaje podía ser inteligentemente dirigido para liberar nuestra vida de dificultades, y así obrar sin cicatrices o regaños.

Nuestra familia se mudó a Lahore, en el Punjab. Allí adquirí un retrato de la Madre Divina, en forma de la diosa Kali. Este santificó un pequeño altar, arreglado en el balcón de nuestro hogar. Me vino la inequívoca convicción de que se realizarían todas las oraciones que pronunciara en ese lugar sagrado. Estaba allí con Uma un día, observaba dos cometas de papel que volaban encima de las azoteas de los edificios de enfrente, separados por la estrecha calle.

—¿Por qué tan quieto? —me preguntó Uma, empujándome juguetonamente.

—Estoy pensando qué hermoso sería que la Divina Madre me diera lo que le pida.

—¿Crees que ella te daría esas dos cometas? —dijo ella, burlonamente.

—¿Por qué no? —repliqué. Y comencé a orar silenciosamente por su posesión.

En la India se realizan competencias con cometas cuyas cuerdas están recubiertas de goma y vidrio molido. Cada competidor trata de cortar el cordel de su oponente. Una cometa suelta proporciona gran diversión al querer atraparla. Y dado que tanto Uma como yo estábamos en el balcón, era casi imposible que una cometa suelta pudiera venir a nuestras manos; sus cordeles se enredarían probablemente en los tejados vecinos.

A través de la angosta callejuela, los competidores iniciaron el combate. Uno de los cordeles fue cortado, e inmediatamente la cometa flotó en mi dirección. Por un rato estuvo prácticamente sin moverse, pero, debido a un cambio violento de la brisa, fue suficiente

para que el cordel se enredara en unos cactus que había en la azotea de la casa de enfrente, dejando a mi alcance una perfecta caza, que yo pude recoger, dándole el premio a Uma.

—¡Oh, es simplemente un accidente extraordinario, pero no una confesión a tus oraciones! Si la otra cometa viene hacia ti, entonces sí creeré. —Los ojos negros de mi hermana mostraban mucho más asombro que sus palabras.

Yo continué mis oraciones con intensidad creciente. Una verdadera lucha entablaba el otro competidor, y el resultado no se hizo esperar con la brusca desprendida de su cometa. Balanceándose ligeramente en el aire, venía hacia mí.

Mi hábil ayudante, la planta de cactus, otra vez atrapó el cordel con la extensión suficiente para que yo pudiera recogerlo. Entonces, feliz, presenté mi segundo trofeo a Uma.

—¡Ciertamente, la Madre Divina te escucha! ¡Esto es demasiado misterioso para mí! —Y mi hermana echó a correr como pájaro asustado.